

Programa de Formación Permanente

2020 Profetas del Reino

7. El ideal de pobreza en la tradición mendicante





EL IDEAL DE POBREZA EN LA TRADICIÓN MENDICANTE

INTRODUCCIÓN

El título encierra palabras muy conocidas y utilizadas en nuestro lenguaje cotidiano, como miembros de la vida consagrada que somos. Las pronunciamos con argumentos espectaculares y hasta con cierta solemnidad, pero, casi siempre, se quedan en eso: en palabras, porque en la realidad encontramos una variada gama de manifestaciones y vivencias que impiden cualquier tipo de generalización y una propuesta concreta de un itinerario que se pueda plasmar en el día a día.

Con esta realidad procuramos justificar esos procesos de renovación, revitalización, regreso a las fuentes, que usamos tan frecuentemente. Se podría decir que se habla de una especie de 'dictadura oral', ya que hoy la palabra, como antes lo hacía el papel, lo aguanta todo, y así como ahora puedo decir una cosa, también puedo sostener la contraria, y simplemente afirmo que no hubo una asertiva comprensión de lo dicho anteriormente o que no me supe expresar como realmente quería, moviéndome en una especie de constante lavado de manos, al más refinado estilo de Poncio Pilatos, que cuenta con más seguidores que cualquier artista internacional.

Esto también puede pasar con las reflexiones que siguen, en tanto en cuanto vamos a escribir (o, si se prefiere, a reescribir) acerca de ciertos elementos de sobra conocidos y bastante arraigados en la tradición de la vida consagrada. Vaya por delante que no ha de entenderse la tradición como una nostalgia del pasado, ni como un conservadurismo a cualquier precio, ni como un dogmatismo cerrado que impide la presencia de opiniones diversas. Más bien proponemos que la tradición se

entienda como la reproducción vital de un testimonio original que se transmite en el tiempo, con todos los riesgos que ello implica.

En esta perspectiva presentamos algunos elementos que podrían ayudar a la mencionada reproducción vital en la actualidad, es decir, aquí y ahora, de la manifestación carismática mendicante, que cuenta en su haber con una historia superior a las ocho centurias. Esto significa que quizás, en dicha andadura, sea posible que se haya ensuciado los pies y, por consiguiente, resulte necesario lavárselos.

Al interior de esta manifestación carismática se mirará lo que se ha considerado su núcleo de fusión, que no es otro que la pobreza. Mas no nos acercaremos a esta como si de un sustantivo abstracto se tratara. La miraremos como la expresión exterior de una actitud interior de quien vive como auténticamente pobre, como un sustantivo común encarnado en un ser histórico concreto con toda su carga axiológica.

Comenzaremos presentando algunos datos documentales del regreso a las fuentes como sinónimo de recuperación e intensificación de la identidad propia, algo así como el citado nuevo lavado de pies que permite avivar los vínculos de pertenencia a la comunidad.

La profunda comprensión del carisma lleva a una visión clara de la propia identidad, en torno a la cual es más fácil crear unidad y comunión. Ella permite, además, una adaptación creativa a las nuevas situaciones, y esto ofrece perspectivas positivas para el futuro de un instituto. La falta de esa claridad puede fácilmente crear incertidumbre en los objetivos y vulnerabilidad con respecto a los condicionamientos ambientales y a las corrientes culturales, e incluso a las distintas necesidades apostólicas, además de crear incapacidad para adaptarse y renovarse (*La vida fraterna en comunidad*, n. 45).

De ahí que el fortalecimiento la identidad propia sea una tarea urgente, porque

es ventajoso para la iglesia que los institutos tengan su fisonomía particular y su función. Por tanto, se busque fielmente hacer propio y conservar el auténtico espíritu del fundador y sus intenciones, así como las sanas tradiciones: todo ello constituye, de hecho, el patrimonio de cada instituto (*Perfectae caritatis*, n. 2).

El esfuerzo por buscar la identidad es un modo de abrir caminos hacia el futuro, dado que “la llamada a descubrir las propias raíces y las propias opciones en la espiritualidad abre caminos” (*Caminar desde Cristo*, n. 20). Estos senderos hacia el futuro no se pueden desconectar ni del pasado ni del presente, porque en ambos momentos históricos están hincadas las raíces de cualquier experiencia de vida consagrada, siendo el puente, a veces muy delgado, por donde transita la sinuosa línea de la fidelidad creativa.

La propuesta de una “santidad laical” conquistó a muchas personas. Como recordó el Concilio Vaticano II, la llamada a la santidad no está reservada a algunos; es universal (cf. *Lumen gentium*, n. 40), ya que, en todos los estados de vida, según las exigencias particulares, se halla la posibilidad de vivir el evangelio. Así como cada cristiano debe tender a la “medida alta de la vida cristiana”, los religiosos, por

su particular dedicación y consagración, deberían hacer de esta llamada una especie de imperativo existencial, más que un imperativo categórico, habida cuenta de que no se puede perder de vista que nuestra opción fundamental consiste en consagrarnos al Señor manteniéndonos abiertos a su voluntad, haciéndola realidad en el día a día como un sacrificio más agradable que la ofrenda del justo Abel, expresada a través de mediaciones humanas que en ocasiones cuestan y duelen.

1. UN ACERCAMIENTO HISTÓRICO A LA REVOLUCIÓN MENDICANTE

Las órdenes mendicantes se llamaban así porque, en un tiempo en que los ministros de la Iglesia se enriquecían cada vez más, los monasterios abundaban y aumentaban sus posesiones en tierras y bienes, y la nueva burguesía urbanita se desvivía por multiplicar sus ganancias, los miembros de estas comunidades hacían voto de absoluta pobreza, entendido como el deseo de preferir el ofrecimiento de Dios al proyecto vital personal.

En un tiempo en que se ahondaba cada vez más en la diferencia entre los grandes señores y el pueblo llano, los mendicantes predicaban y vivían la fraternidad cristiana como garantía de la fidelidad de Dios. Su vida ya no dependía de tierras de labranza ni de rentas, sino de la limosna, a la que se creían con derecho, y su tarea era el anuncio del Evangelio. Ya no se llaman monjes, sino hermanos, que comprenden la pobreza como uno de los caminos de oración y de silencio interior, que tiene su fundamento en el desasimiento y la libertad interior, conscientes de que el pobre se cuenta en el coro de las bienaventuranzas.

El origen de los mendicantes es bastante conocido. Desde la lucha por las investiduras se palpaba en la atmósfera de la sociedad europea una cierta animosidad contra la propiedad eclesiástica. Arnaldo de Brescia, por ejemplo, afirmaba que los monjes y el clero en posesión de bienes no se salvarían. Después Juan Valdés fundó la comunidad de los “Pobres de Lyon”, que inspiraría a otros grupos semejantes. Estos originaron un movimiento que se extendió entre las clases más vulnerables y amenazaba con llegar a ser un peligro para la Iglesia, como bien lo refleja la famosa controversia que recrea Umberto Eco en *El nombre de la rosa*.

En aquel entonces la sociedad europea estaba cambiando. Los comunes reivindicaban y defendían su independencia, la burguesía conquistaba mayor cuota política en virtud de sus riquezas y, gracias al comercio, el nivel de vida mejoró, ensanchando las exigencias generales. La afluencia de riquezas generaba un cierto materialismo práctico y, por reacción, el anhelo de una pobreza lo más cercana a la evangélica.

Las primeras órdenes reconocidas como mendicantes en el segundo Concilio de Lyon (1274) fueron las de carmelitas (1214), franciscanos (1209), dominicos (1215) y agustinos (1256). Posteriormente se les añadieron mercedarios (1218),

trinitarios (1193), servitas (1233), jerónimos (1373) y mínimos (1436). Por su parte, el Concilio de Trento (1545-1563) les permitió poseer rentas, pero les prohibió la posesión de beneficios eclesiásticos. No olvidemos tampoco que, en los comienzos de estas órdenes, se prodigó un dicho que caracterizaba los diversos carismas hasta el momento: “San Benito ama los montes; san Bernardo, los valles; san Francisco, las pequeñas ciudades; santo Domingo, las grandes”.

Si nos centramos en los agustinos, su situación difirió de las otras tres grandes ramas mendicantes porque, como llegaron más tarde, tuvieron que situarse a cierta distancia de los otros conventos para no invadir sus espacios de colecta; además, la mayoría de sus miembros procedía de grupos de ermitaños. A raíz de la unión de 1256, se contaron entre sus objetivos prioritarios la llegada a las ciudades de Bolonia, París, Montpellier, Londres y Oxford, entre otras, con lo que la ida a las ciudades constituyó el primer movimiento misional, que produjo gran fruto de expansión y vitalidad religiosa en la orden. Se trató de un cambio de vida radical, pues de los eremitorios se trasladaron a las ciudades. Además, el salto misional no lo fue solo geográfico, porque los primeros agustinos traspasaron otras fronteras, como la apertura al apostolado y la entrada al mundo de la cultura y la universidad.

Ahora bien, por lo que a nuestra temática se refiere, frente a los movimientos paupertistas y las comunidades claramente heréticas, san Francisco y santo Domingo, que habían hecho de la pobreza absoluta uno de los núcleos de su propuesta religiosa, se convirtieron en el estandarte de la ortodoxia, y sus fundaciones fueron consideradas una gran ayuda tanto dentro como fuera de la vida de la Iglesia. En esta perspectiva, la efectiva pobreza evangélica se erigía en una condición esencial de la vida consagrada, porque hacía de una opción material una realidad espiritual, además de generar un fuerte estímulo para la fe.

Con todo, no fue la pobreza absoluta la única característica de las nuevas órdenes. Ellas no se limitaron a la práctica de una vida santa por parte de los propios miembros. Su máxima era “no vivir para sí mismos solamente, sino para servir a los demás”. Por eso, a la radical renuncia a todos los bienes terrenos unían el ejercicio del ministerio apostólico, orientándose a la evangelización de las masas e introduciendo un nuevo elemento que no estaba tan patente en la vida monástica.

Como consecuencia necesaria de su contacto con la gente, los conventos mendicantes se ubicaron en las ciudades, que por ese entonces daban origen a la vida comunal. Fue en este “tipo de población”, casi siempre en sus suburbios o periferias, donde se establecieron, pues en ellos la pobreza era proverbial, o más bien sacramental, en cuanto que los pobres eran considerados sacramento de Jesús conforme a Mt 25,31-46. En este gesto de adentrarse y vivir en las fronteras, los mendicantes tuvieron una experiencia apotáxica, mediante la cual abandonaban la situación actual para retirarse a buscar a Dios en el rostro del pobre. De esta forma,

la pobreza, más que indigencia de bienes, significaba una actitud de sincera humildad.

La obra de los mendicantes desde los púlpitos y el confesionario, al servicio de pobres y débiles, y en misiones extranjeras no tiene comparación. Además, esta novedosa acción apostólica implicó una nueva organización de la vida conventual y la adopción de especiales medios para proveer a la subsistencia. De su ministerio apostólico derivaba, asimismo, el derecho de sostén de toda la cristiandad, ya que ‘el obrero merece su salario’ (1Tim 5,18). En efecto, habiendo renunciado a los bienes terrenos en obediencia a la palabra de Cristo (cf. Mt 19,21; 16,24) para orientarse al bienestar de la humanidad, podían pedirle a la gente el propio sustento.

Por otra parte, los mendicantes no estaban vinculados por el voto de estabilidad a un sitio determinado (monasterio), sino que gozaban de gran libertad. No solo podían ser llamados a ejercer su ministerio dentro de una provincia, sino también ser enviados a cualquier parte del mundo. No cabe duda, por tanto, de que las órdenes mendicantes nacieron con una vocación apostólica. Sensibles a los “signos de los tiempos”, que requerían evangelizadores para una población en aumento, los mendicantes fueron fieles al mandato misionero de “id y anunciad” (Mt 28,19), y mostraron una extraordinaria movilidad al servicio del evangelio.

El mandato de Cristo los apremió, siendo un referente evangélico esencial. Mas tenían que afrontar un problema, porque conceder el privilegio de la predicación a grupos religiosos constituía una excepción importante, ya que, hasta el momento, su autorización era exclusiva de los obispos. Los mendicantes consideraron que tenían una misión universal, no vinculada a un lugar concreto, sino llamada a expandirse por toda la cristiandad, particularmente en las ciudades, sirviendo a las nuevas clases emergentes y, entre ellas, las de mayor dinamismo comercial y las universitarias.

La forma de gobierno era más bien democrática, ya que la mayor parte de los superiores no eran elegidos de por vida, sino que se sujetaban al capítulo general. Aun con todo, algunos religiosos buscaban estrategias para perpetuarse en el poder bajo el sofisma de que eran personas que deseaban servir a la comunidad. La historia se sigue repitiendo, lo cual podría generar una inquietud grande, dado que, según esta terminología, solo se puede servir si se está constituido en autoridad.

El gran éxito experimentado, sobre todo desde el punto de vista vocacional, hizo que la extrema sencillez de los inicios, expresada en edificios y templos, diera paso a construcciones más sólidas y artísticas, para las que contaron con la ayuda de reyes, príncipes, señores y comerciantes. Además, en torno a las primeras órdenes mendicantes surgió pronto un laicado interesado por su espiritualidad y ansioso de su dirección espiritual. En otras cosas, imitaban su estilo de vida ascético. De ahí que también fuese característico de ellas el tener una orden primera (la de los

varones), una orden segunda (la de las mujeres) y una orden tercera, compuesta por seglares que deseaban vivir según su carisma.

Parte del éxito de los mendicantes se debió a su capacidad de responder a las necesidades del pueblo y al protagonismo que reconocieron a los laicos. Los religiosos atraían por su sencillez y desprendimiento. No se presentaban con la ostentación de los monasterios, ni hacían gala de los intereses de “hacer carrera”, como sucedía en el clero secular. Contaban con formación académica y muchos de ellos con experiencia internacional. Estas cualidades les granjeaban el favor de las cortes reales, que los buscaban como consejeros desinteresados, objetivos y honestos, o los convertían en instrumento útil para sus relaciones diplomáticas.

En torno al 1300, las principales ciudades de Europa tenían conventos de las grandes órdenes mendicantes. Los habitantes propiciaban ese crecimiento, pues intercedían en favor de la ciudad y eran signo de su importancia política. Por desgracia, estos avances encontraron seria resistencia en el clero diocesano y, sobre todo, los obispos, que veían invadido y disminuido su campo pastoral y su autoridad, ya que los recién llegados podían predicar y administrar sacramentos sin su permiso, puesto que contaban con la autorización pontificia. Por esto los mendicantes defendían el papado, bajo cuyas alas se cobijaban, y este les concedía privilegios que sobrepasaban la autoridad episcopal.

Por lo que a nuestro tema se refiere, lo que aportaban las órdenes mendicantes a la pobreza no era la pobreza personal de sus miembros, porque todas las órdenes anteriores habían observado una vida rigurosamente austera con renuncia a la propiedad privada. Lo nuevo consistía en que el convento tampoco debía poseer nada. Este no es ya una abadía con bosques, pesquerías, campo de labor, colonos y aparceros, sino un lugar que solo proporciona el mínimo indispensable para la vida: unas celdas en torno a una iglesia, acaso un pequeño huerto y nada más.

Para los mendicantes, la patria ya no es el monasterio, sino la orden. Desaparece la estabilidad, aquel enraizamiento en el suelo que desde san Benito había constituido la base de la vida monástica. Los mendicantes no vivían como unos señores espirituales, análogos a los feudales, sino como hermanos que convivían con sus iguales. Practicaban la cura de almas de forma desinteresada. La gente no tenía que ir a ellos, sino que eran ellos los que salían al encuentro de la gente. La predicación estaba destinada a todos y no era para forzar, sino para convencer y motivar a la virtud, a la vuelta al evangelio. Hasta entonces el pastor de almas había inspirado respeto, acaso también temor; ahora los mendicantes suscitan admiración y amor.

A manera de resumen, las características generales de las órdenes mendicantes son: la pobreza, no solo individual sino también colectiva; el notable lugar dado a la actividad pastoral y la renuncia a la estabilidad; la centralización del gobierno; la

formación teológica metódica de los hermanos destinados al apostolado, siendo los sacerdotes mejor preparados de todo el clero del entonces; la institución de una tercera orden que llama a los laicos a cooperar en el apostolado y les muestra la posibilidad de una vida perfecta, permaneciendo incluso en su estado de vida.

Por eso, el mérito de las órdenes mendicantes consiste en hacer propias las aspiraciones de vida simple y evangélica. Demuestran que la práctica del mensaje del Evangelio se podía efectuar incluso dentro de la Iglesia, y que una vida así era compatible con la obediencia a la jerarquía. Transformaron la cura pastoral, puesto que el religioso podía moverse con mayor facilidad sin esperar que los hombres fueran hacia él, sino que salía a su encuentro, como denota la importancia dada a la predicación. Igualmente otorgan un nuevo impulso a la teología y la filosofía, sobre todo dentro de las universidades, y, desde ella, también a la piedad popular. En este campo despuntan los franciscanos, que adaptaron algunas intenciones de las cruzadas, tornándolas devociones populares muy profundas, como el viacrucis.

En cuanto a las universidades, los antiguos colegios catedralicios se transformaron en estudios generales. El nacimiento de aquellas se produjo con la naturalidad característica de las grandes creaciones históricas. Las viejas escuelas monásticas y catedralicias ya no respondían a las necesidades de los tiempos, y por eso maestros y escolares formaron libremente gremios, con el fin de organizar las enseñanzas. Llegó un momento en que la “universidad”, la corporación de profesores y alumnos, constituyó un estudio general y recibió el reconocimiento público de las autoridades eclesiástica y civil.

Además, como obra que eran de la Iglesia y reflejo del espíritu universalista de la cristiandad, presentaban un marcado carácter supranacional. En ellas, el compromiso con la razón y el espíritu de investigación que caracterizaron la vida intelectual en la Edad Media fueron un regalo al mundo moderno, aunque nunca llegue a reconocerse.

En cuanto a las cruzadas, las famosas guerras de Dios conformaron la empresa más característica de la Cristiandad. Ellas no fueron, de ordinario, iniciativa de uno u otro reino, sino tarea común de los países cristianos bajo la dirección del Papa, que otorgaba gracias especiales a los combatientes. El espectáculo, tantas veces reiterado durante dos siglos, de príncipes y pueblos que tomaban el camino de Oriente impulsados por el afán de liberar el Santo Sepulcro es una prueba impresionante de la profunda seriedad que caracterizaba la religiosidad medieval.

En síntesis, frente a la pretensión de algunos que, anhelando una vida cristiana más auténtica, se alejaban de la comunión eclesial, las órdenes mendicantes mostraron que era posible vivir la pobreza evangélica sin separarse de la Iglesia. Se entregaron con incansable celo a la predicación, a la enseñanza y al acompañamiento espiritual de los fieles, satisfaciendo la necesidad que sentían de

una vida interior más intensa. Supieron también adaptarse con flexibilidad a las necesidades pastorales provocadas por el crecimiento de las ciudades en detrimento de las zonas rurales. Participando activamente en la vida cultural de su tiempo, incidieron en el desarrollo del pensamiento. En definitiva, la aparición de los órdenes mendicantes es un ejemplo concreto de cómo los santos son auténticos reformadores de la Iglesia, capaces de promover una renovación eclesial estable y profunda.

Para terminar este apartado, sería impropio concebir los siglos de la Cristiandad medieval solo como una época áurea, animada por los ideales evangélicos. Aquellos tiempos estuvieron también llenos de miserias y pecados personales, de desórdenes e injusticias. Aun con todo, resultaría todavía más falso ignorar la profunda impregnación cristiana de la vida de los hombres y de las estructuras familiares y sociales que entonces se produjeron. Luces y sombras, como en toda empresa humana.

2. EL IDEAL DE POBREZA

A manera de reflexión inicial, el ideal de la comunidad cristiana no es la pobreza. Jesús anuncia su evangelio a los pobres para que sean felices, no para que sufran y lo pasen mal.

En los *Hechos de los Apóstoles* se dibuja un retrato idealizado de lo que debe ser una comunidad cristiana, sin ocultar que en ella siempre hay quien incumple el ideal. Según este, entre los creyentes “no había ningún necesitado”, no había indigentes (cf. 4,34), pues “lo tenían todo en común” y repartían lo que tenían “según la necesidad de cada uno” (2,44). El ideal de la comunidad cristiana, entonces, no es la pobreza, sino el que no haya pobres, el que cada uno tenga lo que necesita. Esta es la poderosa razón por la cual gozaban “de la simpatía de todo el pueblo” (2,47).

En la *Segunda carta a los corintios* (cf. 8,9) leemos que el Señor Jesús, siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza. En las sociedades capitalistas, uno se enriquece empobreciendo a muchos. Jesús se empobrece para enriquecer a todos. Él nos enriquece con su pobreza, dado que todo lo suyo es una donación. Jesús, con la riqueza insondable de Dios, se entrega totalmente para bien de los demás, y por eso es maestro de la pobreza que enriquece (cf. *Redemptionis donum*, n. 12). La pobreza, vivida según el ejemplo de Cristo, es expresión de la entrega total de uno mismo, que tiene los ojos abiertos sobre las necesidades de los demás y el corazón misericordioso para socorrerlos. Es la pobreza de aquel que pone su confianza en Dios, y por eso puede anteponer a los demás a uno mismo, en una clara y precisa experiencia de libertad, mansedumbre y humildad de corazón.

Los cristianos debemos esforzarnos en traducir los principios evangélicos, de modo que el ser humano y su verdadero bien primen en la actividad económica, así como en la organización social y política, ya que “el primer capital que se ha de salvaguardar y valorar es la persona en su integridad” (*Caritas in veritate*, n. 25). Considerar, por tanto, “al ser humano como un bien de consumo, que se puede usar y lugar tirar”, da lugar a una economía del descarte, en la que las personas son, no solo explotadas, sino también consideradas ‘desechos’, sobrantes (cf. *Evangelii gaudium*, n. 53).

Teniendo estos pensamientos de la Doctrina Social de la Iglesia como marco, de los hechos históricos se deduce que los mendicantes dependían directamente de la caridad de la gente para su sostenimiento, y por eso eran realmente pobres. Al inicio no poseían bienes, ni personal ni comunitariamente, razón por la que sus energías se orientaban a la obra religiosa, seguros del poder del nombre de Jesús y de una comunión fraterna que hacía que la sociedad terminara obsequiándolos con lo necesario para subsistir. En ellos se veían signos claros de una auténtica pobreza: austeridad, mendicidad, trabajo y comunión de bienes, entre otros.

Por otra parte, el movimiento mendicante respondía a las necesidades del tiempo, ampliamente difundidas y profundamente sentidas. Estas exigencias encontraron expresión no solo en las órdenes mendicantes, sino también en un cierto número de grupos religiosos que se debatían entre la revolución y la herejía, como se dijo. El aspecto común de cátaros, valdenses, albigenses y otros movimientos heréticos que se difundieron en Europa era su reacción contra el bienestar del clero, la predicación de la práctica de una pobreza austera y el regreso a la vida sencilla de Cristo y los apóstoles. Así estos grupos, no menos que las órdenes mendicantes, testimoniaron la existencia de exigencias espirituales de la cristiandad occidental, que las órdenes mendicantes vivían para satisfacer dando el paso de la ‘libertad de’ a la ‘libertad para’, es decir, de la carencia real de bienes a la comprensión de la pobreza como valor.

Probablemente la necesidad más sentida era la que tenían los sacerdotes de realizar su ministerio en las grandes ciudades, que en aquel tiempo crecían rápidamente. La estructura de la sociedad estaba basada no solo en ellas, sino también en grandes propiedades de terrenos. Por esto, el sistema parroquial del momento se resquebrajó bajo el peso de las nuevas condiciones de vida, y la gente se encontró en un estado de miseria espiritual y moral además de física. En esta coyuntura, la pobreza se podría entender como una carencia visible de la que nadie escapaba.

No debe extrañar, por consiguiente, que, cuando los mendicantes se establecieron en los lugares más pobres de las ciudades, llevando la religión a los indigentes y marginados de la sociedad, asimilando sus propias condiciones de vida,

suplieran una exigencia a la que el clero parroquial era incapaz de responder. Fue un periodo de renacimiento religioso y de reacción contra los abusos derivados del sistema feudal, inspirado por un nuevo misticismo que fijaba la atención, ante todo, en la humanidad de Cristo, y encontraba su expresión práctica en la imitación de su vida.

Contemporáneamente una nueva ola intelectual estaba por colmar Europa y un nuevo espíritu de libertad democrática comenzaba a hacerse evidente en las ciudades comerciales en auge. En este ambiente, la comprensión de la pobreza trascendió el simple elemento físico, fortaleciendo su concepto como valor, algo así como un testimonio de la validez y capacidad formadora del evangelio, ya que el pobre es quien espera, acepta y ora. A partir de esto, la pobreza, más allá de una realidad material, se transforma en una dimensión que surge del espíritu y, por su voluntariedad, se convierte en fundamento el reino de los cielos. La pobreza deja de ser tan solo una carencia de bienes materiales para presentarse como una búsqueda de Dios, con lo cual se pasa del “bienaventurado el que se apiada del pobre” al “bienaventurado el pobre”.

No hay necesidad de rebatir el hecho de que los mendicantes, cuya denominación distingue verbalmente uno de los modos más típicos de practicar la pobreza, responden a muchas exigencias de la época y las interpretan dentro de la ortodoxia, ya que el hecho es históricamente evidente. Pero se requiere decir alguna palabra sobre la idea central por la cual estas órdenes tomaron dicho nombre: la idea de la pobreza.

Se piensa que esta percepción fue originaria de san Francisco, y por eso se dice que fue a partir de su enseñanza como el resto de fundadores la tomaron para sí. San Francisco no quería que la mendicidad y la limosna tuvieran que constituir los normales medios de subsistencia de sus religiosos. Más bien quería que vivieran del trabajo de sus brazos y que tuvieran que recurrir a la limosna únicamente cuando no fueran capaces de ganarse lo necesario para vivir con el propio trabajo. Ahora bien, como de inmediato los religiosos se orientaron a los cuidados espirituales y las comunidades religiosas crecieron, resultaba más difícil sostenerse con aquel y la limosna adquirió un rol mayor de lo que en un primer momento había contemplado san Francisco. Su pretensión era seguramente que sus religiosos vivieran no solo la más estrecha pobreza y sencillez de vida, sino también que, al disponer tan solo de lo mínimo indispensable, tuvieran que renunciar a tierras, propiedades y fuentes de rédito.

Mantener este ideal se demostró imposible en la práctica, porque las órdenes que iniciaron como mendicantes lo fueron mitigando con el paso de los siglos o, más bien, abrogando. Entre los mismos franciscanos ha sido ocasión de una discusión sin término y se ha mantenido gracias a reformas sucesivas y regresos a los

orígenes, breves sucesos destinados a perecer ante la inexorable lógica de los hechos.

Por lo anterior, el crecimiento de las órdenes mendicantes con su ideal de pobreza insertado en la perspectiva penitencial de la conversión evangélica, representó un impacto significativo en la vida de la Iglesia. Ofreció un nuevo ímpetu y llegó a catalizar el cambio y la renovación. Ofrecía un nuevo modelo de vida, diferente a la tradición monástica y a la experiencia del clero secular.

Este impacto llevaba a comprender que los desafíos de la pobreza evangélica no se circunscribían a lograr la perfección personal, sino más bien se identificaban con una opción fundamental por testimoniar libertad en el contexto de vida fraterna. Exige una profunda kénosis y un cambio de vida radical. “Y, dejando todo, lo siguieron” (Lc 5,11). La pobreza no es una maldición, ni una injusticia, sino la expresión de la índole pascual de una elección. En pocas palabras, la pobreza se transforma en una experiencia pascual de resurrección y ascensión. Esta es la inspiración bíblica del viaje hacia un “retorno a los orígenes”. Hay que retomar el camino de la conversión y seguir a Cristo sin reservas, desnudándonos de todos los bienes terrenos como signo del compromiso de no poseer nada, de vivir una especie de experiencia jubilar que valora al ser humano y recupera la igualdad a través de un testimonio muy significativo.

Visto este recorrido por el pasado, demos un salto en el tiempo y vengamos al presente. Actualmente, la llamada a la comunión es frustrada por el uso individual de las cosas y del tiempo. La autosuficiencia de los religiosos que tienen cuentas bancarias y tarjetas de crédito personales, legalmente a nombre de la comunidad y con amplio cupo de endeudamiento, el uso individual de un automóvil, de cuenta de internet en su cuarto diferente a la de la comunidad local, televisión personal, permanente interacción en redes sociales en los espacios comunitarios, entre otras realidades, puede llevar a la separación de los hermanos, a la disminución de la vida fraterna y, desde luego, a no saber anteponer las cosas comunes a las propias. De esta forma, cada religioso da cada vez menos a los hermanos y comparte menos de sí mismo; su participación en la vida común es débil y escasa, porque se centra en asuntos que son de su resorte personal; la creciente separación de los hermanos está velada por la presencia puramente formal en la oración y la mesa, ya que incluso allí el teléfono móvil es su compañía favorita y hasta orienta el tema de conversación.

La situación actual hace pensar en el fenómeno mundial de la pobreza económica y los mecanismos de injusticia que producen una mayor separación entre ricos y pobres, división creciente que ha de ser inadmisibles para quien quiera vivir el Evangelio. La ya cincuentenaria amonestación del Pablo VI (cf. *Populorum progressio*, n. 47) sigue teniendo vigencia. Construyamos una comunidad humana

donde las personas puedan gozar una vida verdaderamente humana, donde el pobre Lázaro pueda sentarse en la misma mesa del rico; donde se haga realidad la fraternidad, la pobreza evangélica, el peregrinaje existencial para salir de una casa e ir a otra; donde todos realmente nos oxigenemos, pues esa palabra también se escucha cuando el superior mayor cambia a un religioso de un ministerio, hecho que recae más en unas personas que en otras. Da la impresión de que, en oportunidades, todo depende de la cercanía o lejanía al “servidor” de turno.

Conviene que los sufrimientos padecidos por nuestros hermanos en varias regiones del mundo nos alcancen, nos toquen, lleguen a nuestro corazón, entendido como el centro de las decisiones humanas. Estos sufrimientos son rostros de pueblos en guerra; rostros de niños víctimas de violencia, hambre, abusos, abandono; rostros de mujeres violadas, compradas y vendidas; rostros de aborígenes expropiados de tierra, cultura y fe; rostros de exiliados y migrantes, en búsqueda de supervivencia y dignidad; rostros de encarcelados que llenan las cárceles del mundo, a veces injustamente condenados; rostros de enfermos que muestran nuestra precariedad, a menudo también víctimas de intereses ciegos y epidemias; rostros de trabajadores precarios y sin garantías, despojados de la esperanza de un futuro mejor; rostros de niños no nacidos. Y otros miles de rostros de una humanidad herida que reclaman respeto, derecho a vivir y participar en la construcción de una tierra nueva, más justa y fraterna. Lo escrito en el *Documento de Puebla* (cf. nn. 31-39) sigue resonando como profundo grito profético que aún no se ha escuchado del todo, o que aún no queremos escuchar en profundidad.

La pobreza es, ante todo, un don de libertad, que nos libera de los ídolos de hoy. Nos libera de la tentación de poner nuestra seguridad y felicidad en las cosas y los bienes, en los valores y la mentalidad de este mundo. No resulta descabellado pensar que, en ocasiones, los religiosos de hoy ni huimos del mundo, ni estamos en el mundo, ni lo evangelizó; más bien parece que el mundo nos envolvió, nos acunó como una tierna madre y nos evangelizando con sus ‘buenas noticias’. Da la impresión de que hemos olvidado que la pobreza nos libera para la contemplación, enseñándonos a limitar las exigencias, convenciéndonos de que es mejor tener menos necesidades que poseer más cosas, para buscar el reino y su justicia (cf. Mt 6,33), aunque algunos han cambiado esta máxima agustiniana por la que reza: “Es mejor tener mucho para necesitar poco y no tener que depender de nadie”. Nos libera de la necesidad de la posesión en nuestra relación con las cosas, y nos hace descubrir que podemos amarlas y utilizarlas sin necesidad de poseerlas.

La pobreza nos libera para el servicio a Dios y al hombre, que es la tarea principal de quien es pobre y no se pertenece a sí mismo, sino a un proyecto más grande, un proyecto de conciencia eclesial que invita a viajar ligeros de equipaje,

conforme a la itinerancia evangélica, sin pesos superfluos, listos para ir allá donde la Iglesia necesita un servicio, perteneciendo al reino y no a nuestros proyectos.

Nos libera del ansia de los primeros lugares y nos invita a valorar la dimensión evangélica de la pequeñez, humildad, debilidad, del hacerse como niños. Nos libera de la seducción de lo efímero, llamándonos a un estilo de vida que es sobrio, esencial y de radical sencillez, porque la mendicidad es algo más que una tipología particular de la vida consagrada.

La pobreza nos libera del riesgo de compensar la infelicidad con la ilusión de la posesión y acumulación de cosas materiales, de esa cantidad ingente de vestuario que colma nuestros armarios, llenándonos de ropas y calzados que casi nunca usamos. Nos libera de los afanes, recordándonos que Dios provee a todas nuestras necesidades, y que nuestra tarea es buscar su rostro. Nos invita a la fidelidad a nuestros orígenes, a nuestra primitiva inspiración mendicante y contemplativa que se expresaba en la vivencia dependiente de la cuestación, la oración, la vida en común y el estudio, elementos que configuraban y, pienso, siguen configurando la vida y la predicación evangélica en el horizonte mendicante.

La pobreza también se entiende como libertad para la fraternidad. Significa tener algo y ofrecerlo como don, haciendo de todo lo que somos y tenemos un instrumento de comunión. Nos libera de la lógica de la competencia y de hacer carrera, de aquellos sueños de “llegar a ser...” o de “cuando yo sea...”, para hacernos entrar en la lógica, si es que esta lógica existe, de una relación libre y gratuita. Nos libera recordándonos que los bienes son dones recibidos, porque las cosas no son nuestras, sino de Dios y los demás. Como nosotros las hemos recibido, así otros deberán recibirlas de nosotros y encontrarlas mejoradas, ya que el religioso que vive el ideal de pobreza trabaja para dejar un mundo mejor al que encontró. En nuestro caso, ese pequeño mundo podría ser el ministerio al que nos destinan, al que, según nos dicen, es la voluntad de Dios que estemos allí.

La pobreza nos recuerda que la edificación de la comunidad crece en el compartir los dones personales, tanto materiales como espirituales, y las habilidades propias, en el intercambio de los carismas, en la comunión de bienes, poniendo todo al servicio de nuestra vocación de amar, sin mirarnos a nosotros mismos para que podamos estar referidos a los hermanos. Nos libera de las actitudes de autosuficiencia y autonomía para descubrir la dependencia recíproca como fuerza de la fraternidad. Nos libera llamándonos a dar cuenta de todo en fraternidad, en transparencia abierta y responsable. Nos rescata de las teorías vacías, impulsándonos a vivir y concretar las *Constituciones* en la realidad en que estamos insertos. La opción por la pobreza nos permite, viviendo del fruto de nuestro trabajo, compartir la suerte de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, su experiencia de vulnerabilidad, precariedad y fatiga. Nos impele a insertarnos en una fraternidad

más amplia, la de la familia humana, exigiéndonos un modesto tenor de vida en todas sus expresiones, porque desafortunadamente suele atraernos más el ‘pedir y pedir’ que el ‘trabajar y trabajar’.

La pobreza también es disponibilidad para la solidaridad. Nos empuja a identificarnos con los pobres y a ser sus portavoces en la sociedad. Nos libra de los falsos valores propuestos por la mentalidad común, haciendo de nosotros signo profético con relación a tantas realidades económicas contemporáneas: consumismo, neoliberalismo, socialismo, explotación, globalización, empobrecimiento del planeta, consumo energético, desastre ecológico, entre otras. Nos rescata de la ilusión de vivir en plenitud alejados de los demás y desarrolla en nosotros, por el contrario, una conciencia social, una sensibilidad hacia los problemas de justicia y paz en el mundo. Nos dona la parresía de denunciar la avaricia política y el abuso de poder de los grandes de la tierra, la abulia de eliminar unidos las carestías del mundo y, desde ahí, la pobreza de algunos de nuestros ministerios. Nos incita a realizar un análisis de la realidad para orientar y adecuar nuestras respuestas a las necesidades de la gente. En resumen, la opción por la pobreza nos emancipa para asumir nuevas formas de servicio hacia los más necesitados del mundo de hoy.

3. UNA PROPUESTA DE CONEXIÓN CONTRACULTURAL

Hemos señalado en los últimos párrafos algunas liberaciones que la vivencia del ideal de pobreza produce en nosotros. Así sucedió también durante el nacimiento y el desarrollo de las órdenes mendicantes: un modelo de gran renovación en una nueva época histórica concreta, en la que la experiencia mendicante se convirtió en parte del paisaje, como alguna vez escuché. Las órdenes mendicantes recibieron su nombre por su nota distintiva de “mendigar”, es decir, de recurrir humildemente al apoyo económico de la gente para vivir el voto de pobreza y llevar a cabo su misión evangelizadora.

Hoy la realidad ha cambiado, sin ninguna duda, porque, en las coyunturas históricas que vivimos, nuestra identidad carismática tiene que encarnarse en una entidad económica, en una empresa sin ánimo de lucro y sin ánimo de pérdida, para su funcionamiento práctico. En este contexto, el ideal de pobreza se presenta como un desafío, porque es difícil equilibrar la cantidad del tener con la calidad del ser, ya que, en ocasiones, se favorece lo primero en detrimento de lo segundo. Al fin y al cabo, “amigo, cuanto tienes, cuanto vales, principio de la actual filosofía”, como dice la vieja canción. Al runrún de su música nos viene a la mente de manera casi espontánea la pregunta: ¿Será que nuestra vida consagrada está muy lejos de esta actual filosofía?

El primer desafío generado por los mendicantes venía dado por la expansión de varios grupos y movimientos de fieles que, aunque movidos por un legítimo deseo de una vida cristiana auténtica, se situaban fuera de la comunión eclesial. Se oponían frontalmente a la Iglesia rica en propiedades, hermosa e inmóvil que se había desarrollado con el florecimiento del monaquismo. A este modelo de Iglesia se contrapuso la idea de que Cristo vino a la tierra pobre, y que la verdadera Iglesia debería ser la Iglesia de los pobres. El deseo de una verdadera autenticidad cristiana se opuso así a la realidad de la Iglesia imperial. Estos grupos rechazaban el modo de vivir de los sacerdotes y de los monjes de aquel tiempo, a quienes se les acusaba de traicionar el evangelio y de no practicar la pobreza como los primeros cristianos; y se enfrentaron al ministerio de los obispos, forjando una auténtica “jerarquía paralela”.

Con una elección completamente original en la historia de la vida consagrada, los miembros de las órdenes mendicantes no solo renunciaban a la posesión de bienes personales, como hacían los monjes desde la antigüedad, sino que ni siquiera querían que se pusieran a nombre de la comunidad terrenos y bienes inmuebles. Pretendían así dar testimonio de una vida extremadamente sobria, para ser solidarios con los pobres y confiar solo en Dios, vivir cada día de la confianza de ponerse en sus manos. Este estilo personal y comunitario de las órdenes mendicantes estaba unido a la total adhesión a las enseñanzas de la Iglesia y a su autoridad, que les ofreció su apoyo reconociendo en ellas la voz del Espíritu.

Otra exigencia difundida en esta época fue la de una instrucción religiosa coherente. No pocos fieles laicos, que vivían en las ciudades que estaban en vías de expansión, deseaban practicar una vida cristiana espiritualmente intensa. Intentaban profundizar en el conocimiento de la fe y ser guiados en el arduo, pero alegre, camino de la santidad. Las órdenes mendicantes supieron salir al encuentro de la necesidad de anunciar el evangelio con la sencillez, la profundidad y la grandeza que le eran propias. Con gran celo, de hecho, se dedicaron a la predicación. Eran numerosos los fieles, a menudo auténticas multitudes, que se reunían para escuchar a los predicadores en templos o en lugares abiertos. Trataban problemas cercanos a la gente, sobre todo la práctica de las virtudes teologales y cardinales, y los abordaban de manera comprensible, adornados con ejemplos concretos, a la manera de Jesús. Además, se enseñaban modalidades oracionales que nutrieran la vida espiritual y la piedad.

La importancia de las órdenes mendicantes creció tanto que instituciones seculares, como las organizaciones de trabajo y las autoridades civiles, consultaban a menudo a los miembros de estas órdenes con el fin de redactar sus regulaciones y, a veces, para solucionar sus conflictos, externos e internos. En consecuencia, se dieron una organización distinta respecto a la de la mayor parte de las órdenes

monásticas. Así los mendicantes estaban más disponibles a las exigencias de la Iglesia universal. Esta flexibilidad posibilitó el envío de los religiosos más idóneos para desarrollar misiones específicas, renovándose así el dinamismo misionero.

Otro gran reto lo representaban las transformaciones culturales que acontecían en ese periodo. Las órdenes mendicantes no dudaron en asumir esta tarea y, como estudiantes y profesores, entraron en las universidades más famosas de su tiempo, erigieron centros de estudio, produjeron textos, dieron vida a escuelas de pensamiento, protagonizaron la teología escolástica en su mejor periodo, incidieron significativamente en el desarrollo de las ideas. Los pensadores de mayor renombre eran mendicantes, que trabajaban con la mente puesta en el desenvolvimiento de la nueva evangelización, que reavivó el diálogo entre razón y fe.

Aún existe para nosotros una “caridad de la verdad y en la verdad”, una “caridad intelectual” que ejercer para iluminar las inteligencias y conjugar la fe con la cultura. Este empeño, llevado a cabo por los mendicantes en las universidades medievales, es una invitación a hacernos presentes en los lugares donde se elabora el saber para proponer, con respeto y convicción, la luz del Evangelio en el abordaje de las cuestiones fundamentales que interesan al hombre, como son su dignidad y su destino eterno. En este contexto podríamos ubicar las reflexiones sistemáticas de teologías genéticas y emergentes como las teologías políticas y las teologías de la liberación.

También hoy, a pesar de vivir en una sociedad en la que, con frecuencia, prevalece el “tener” sobre el “ser”, nuestros conciudadanos muestran una sensibilidad encomiable ante los ejemplos de pobreza y solidaridad que los creyentes ofrecen con opciones radicales de vida. No faltan a nuestro alrededor iniciativas similares a las que se vivieron en la Baja Edad Media: los movimientos que se inspiran en la novedad del evangelio y lo viven con radicalidad hoy se ponen en las manos de Dios para servir al prójimo en sus múltiples necesidades. El mundo escucha de buen grado a los maestros cuando estos también son testigos. He aquí una lección que no hay nunca que olvidar en la difusión del Evangelio: vivir antes aquello que anunciamos, reflejando de este modo la caridad divina.

En esta propuesta contracultural, se podrían señalar algunas sugerencias prácticas: hacer de la pobreza una opción fundamental; asumir un estilo de vida más sobrio, esencial y sencillo; adoptar un modesto tenor de vida, que se manifieste en los edificios, la alimentación, los medios de transporte y comunicación; reducir las exigencias y no buscar el último producto tecnológico; vivir una gozosa y total comunión de los bienes entre los religiosos, con plena confianza en la comunidad misma; no conservar ninguna forma de acumulación personal no compartida en la comunidad; revisar periódicamente la fidelidad al compromiso de pobreza personal y comunitaria; asumir los trabajos manuales de la casa, reduciendo el personal

externo; cuidar el mantenimiento y la belleza de los inmuebles que nos han sido dados para vivir; aprender a analizar con asiduidad la realidad social, económica, cultural, eclesial, para responder de manera pertinente a las demandas que de ella surgieran; vivir el ministerio de la reconciliación y la compasión para con los enfermos como forma de solidaridad con las personas que sufren; apoyar, con recursos de la comunidad si es el caso, proyectos de promoción de grupos sociales de peculiar exclusión social; comprometerse en la reducción de un determinado porcentaje de los gastos y consumos de la comunidad; superar la tentación de mantener mascotas personales a cargo de la economía comunitaria...

En la pastoral vocacional y la formación también se podrían sugerir ciertas líneas de acción: preparar a los candidatos para el trabajo manual; formarlos en la conciencia del costo y precio de la vida; valorar y transmitir el carisma mendicante; enseñar la gestión económica de la comunidad y del ministerio; educar para la sobriedad y la no satisfacción absoluta de todas las necesidades; aleccionar en el uso de los medios disponibles para la edificación de la comunidad; hacerse prójimo a toda persona, aceptándola por lo que es, no por lo que posee, sin excluir a nadie; liberarse de la búsqueda de roles de poder y de la afirmación de uno mismo, optando más bien por la colaboración, en particular con los seglares; asumir la colegialidad como forma específica de nuestro servicio eclesial y social; practicar la pobreza como un ministerio apostólico realizado comunitariamente, compartiendo debilidades y dones; comprometerse con proyectos de pobreza radical como expresión de cercanía y solidaridad con los más desfavorecidos...

Igualmente se pueden pergeñar algunas decisiones prácticas: hacer de la pobreza un medio de fraternidad; poner en común no solo los recursos, sino también las carencias y las necesidades de las comunidades, para solucionarlas juntos, aprovechando los excedentes de cada una y sostener así las fraternidades más pobres, la formación y los proyectos de acción social; favorecer y acompañar a las comunidades que hacen una opción radical de pobreza; crear y fortalecer un fondo de solidaridad con la participación de todos, en la medida que les sea posible; comprometerse a favor de los grupos sociales más vulnerables; preocuparse de que las inversiones y la administración de nuestros recursos se realicen conforme a la ética y de una manera solidaria; alimentar la consciencia y el compromiso en el campo ecológico y la defensa de los recursos naturales.

Para no dejar lo escrito en el aire, vamos a terminar con una interpelación. En la actual situación social, caracterizada por cambios y rápidos crecimientos, por los medios de comunicación y tecnologías modernas, por la crisis sanitaria y consiguientemente socioeconómica que nos ha dejado la pandemia del Covid-19, nos podríamos preguntar:

1. ¿Las órdenes mendicantes resultan todavía un catalizador significativo en la vida de la Iglesia, o tal vez han perdido la propia identidad, a juzgar por el número siempre menguante de sus miembros?
2. ¿Cómo proponemos a los jóvenes de hoy esta particular elección de vida?
3. ¿Por qué tengo que ser pobre?
4. ¿Mi comunidad vive en total y leal comunión de bienes entre sus miembros?
5. ¿En qué medida los recursos comunitarios son devueltos a los pobres?

Comparto, para terminar, un acto de contrición que me hizo llegar un estudiante de uno de mis cursos universitarios, que se podría utilizar como signo de renovación de nuestro voto pobreza evangélica:

En nombre de mi comunidad, yo, N., pido perdón a Dios por las faltas cometidas en la vivencia y práctica de mi voto de pobreza evangélica. Pido perdón a los pobres por haber ignorado sus voces; por haber callado cuando era necesario levantar la voz en su defensa; por haberlos ignorado cuando, de cada parte del mundo, se han sentado a nuestras puertas, como Lázaro, suplicando pan y fraternidad. Pido perdón a los pobres por el dinero que he dado sin amor ni justicia. Que Dios Omnipotente me ayude. Amén.

JOSÉ URIEL PATIÑO FRANCO, OAR
Colegio Agustiniano Ciudad Salitre
Bogotá (Colombia)



ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD E HISTORIA